

teníamos un camino más recto y seguro para llegar al fin propuesto: poner la verdad á descubierto; hacer imposible toda equivocacion en punto tan grave y de tanta trascendencia. Nuestra situacion, por lo demás, ha sido perfectamente definida, pues depende de algo superior á la voluntad de personas con quienes nos hallamos en relacion coordinada.

Tales son en resumen las diversas peripecias por las cuales ha pasado la cuestion filosofica en el año que termina, y que hemos creído necesario mencionar, no obstante la repugnancia que algunas de ellas nos inspiran. Siempre hemos huido de paralelos odiosos, pero siempre hemos querido tambien fijar nuestra posicion verdadero que debe darse al sarcasmo y al dicerio, siempre impotentes para menoscabar en lo más mínimo los legítimos intereses de la razon y la verdad.

Con el título *Ateneo de Madrid.—Conferencia de D. Francisco Hinojosa*, hallamos en el *Estandarte*, de 14 de Diciembre pasado, lo siguiente:

«El importante tema de las *ideas positivistas en la filosofía del derecho* fué el objeto de la lección brillantísima que dió anoche, en nuestro primer centro científico, el jóven catedrático de la Universidad central, director de nuestro colega *El Día*.

«Empezó con un orden verdaderamente encantador, demostrando que sabe lógica á conciencia, exponiendo el método que se proponia seguir. Dijo que daria dos conferencias: en la primera se limitaria á exponer los principios que han llevado, y en los que intentan fundar la filosofía del derecho, los secuaces del positivismo: y en la segunda haria su crítica.

«La de ayer no pudo ser un trabajo más acabado de exposicion. En sentir del Sr. Hinojosa, en la misma doctrina de Kant, del que arranca el movimiento filosófico contemporáneo, puede hallarse el germen de la escuela fundada por A. Comte, perfeccionada por Darwin y Herbert Spencer en Inglaterra, por Schiatarella y tantos otros en Italia; aunque ya con carácter más racional, separándose de las enseñanzas del maestro, y tomando un tono más bien sensualista que positivista puro.

«Hizo constar que dentro de la genuina doctrina positivista no era posible ni estudiar ni concebir el derecho; pues se niega en aquella todo conocimiento de origen y de causalidad. Que propiamente en la clasificación de las ciencias, hecha por aquel autor, no cae la de la justicia: para probarlo, examinó la Biología y la Sociología, únicas en que podría comprenderse. Sólo desviando y negando uno de los cánones fundamentales del positivismo, aunque con aparente empeño de conservarlos, han podido los secuaces de Comte, en especial los italianos, escribir tratados de Filosofía del Derecho.

«Para que resaltasen, y lo hizo de elocuente modo, los efectos de las doctrinas jurídicas del positivismo, citó la conducta seguida por los jurados de Italia, absolviendo con demasiada frecuencia á los criminales, y contra lo que no habia podido menos de llamar la atencion del Gobierno y de los sábios: el juriseconsulto y senador Mamiani, aunque afecto á esa escuela, de la que los tribunales de hecho sólo se limitan á sacar las consecuencias.

«Más que una conferencia, tal doctrina se vertió en ella y tal estudio revelaba, fué el discurso del Sr. Hinojosa un acabado resumen de un curso dado por un verdadero maestro.

«En cuanto á la forma, nada hemos de decir: conocida es la frase elocuente y castiza del traductor de Prisco.»

J. M. VIGIL.

## EL POSITIVISMO.

Esta palabra, con tanta frecuencia hoy repetida, no apareció en el lenguaje filosófico sino en la primera mitad del presente siglo, siendo inventada por Augusto Comte para designar una doctrina que, al darse por nueva y pretender romper con todas las que el pasado nos habia legado, quiso marcar su advenimiento por una denominacion inusitada. Pero, ¿es tan nuevo el sistema como su título? Tal vez se dude de ello despues de leer la sumaria exposicion que vamos á hacer. La palabra ha hecho fortuna: designa hoy cosas muy diversas; un método para uso de los sábios que no admiten más que la experiencia y el cálculo, una inclinacion del espíritu á eliminar toda preocupacion de lo ideal, una idea preconcebida contra la metafísica y la religion, y en fin, un sistema de filosofía cuyos adeptos, sin ligarse por una misma profesion de fe, se reconocen menos por la uniformidad de sus doctrinas, que por la unanimidad de sus negaciones. Desde el dia en que Augusto Comte, desconocido entónces, escribia al frente de sus libros sin lectores este título: *Curso de filosofía positiva*, parece que fueron abandonadas varias de sus ideas entre las más originales: los que se dan por discípulos suyos, no aceptaron de su herencia sino una parte, no siempre la misma, y el positivismo, como toda escuela vivaz, ha echado más de una rama. Le expondremos aquí poco más ó menos tal como su fundador le habia concebido, aunque él mismo no haya permanecido siempre fiel á su primer pensamiento, y notaremos brevemente las correcciones que le han hecho sufrir sus más eminentes sucesores.

El positivismo, nacido en el espíritu de un matemático, no es, sin embargo, una concepcion formada *a priori*; se presenta como una revolucion, pero reconoce antecedentes, y aún los tiene más antiguos y más numerosos de lo que su gran maestro imagina. Comte se declara sucesor de Descartes y Leibniz, más se podría considerar de Bacon, de Hobbes y de toda la escuela empírica: llama á David Hume «su principal precursor en filosofía», y entónces está muy cerca de la verdad; por otros motivos podría citar á

bosquejado de paso, y el médico Burdin decía ya á Sanit-Simon en 1813, que las ciencias comienzan por ser conjeturales y se hacen en seguida positivas. Pero no intentamos negar á Comte la parte que le toca en ese gran descubrimiento que Mill llama "la espina dorsal de la filosofía," y hasta sería injusto no reconocer que los dos volúmenes consagrados á poner en claro esa ley, y que resúmen un número infinito de hechos históricos, aunque no estén ya á la altura de la erudición contemporánea, manifiestan singular fuerza de espíritu, y dan mucho que pensar. Pero la ley de las tres edades no parece una de esas miradas de génio que bastan para inmortalizar á su autor. Comte se sirve de ella para presentar su doctrina como la última jornada del progreso; otros podrían con igual razon hallar allí fundamento para condenar al positivismo como el último grado de la decadencia; y podrían ver como una caída esa marcha que á él le parece una ascension. Por otra parte, no ha llegado á distinguir con toda precision los dos primeros modos; ha juzgado sin competencia la metafísica que le era poco conocida, reduciéndola á alimentarse de entidades imaginarias. Comte ha establecido simplemente que hay en la humanidad individuos, y tal vez razas, que han recibido aptitudes diversas; unos se entregan de mejor voluntad á las adivinaciones del sentimiento y de la fe, otros á las especulaciones de la razon, y otros son, en fin, "esos hijos de la tierra que no creen más que á sus ojos y á sus manos." No ha probado siquiera que el positivismo fuese para una sola inteligencia un estado definitivo, puesto que él mismo ha salido de allí, con escándalo de sus mejores discípulos, para volver á una especie de fetiquismo. No es, pues, tan cierto, como piensa M. Littré, "que ya no haya ni para la teología ni para la metafísica reaccion ofensiva." Pero esta teoría histórica se complica con una clasificacion de las ciencias, más original tal vez, y de seguro más instructiva.

Entre las ciencias que se dirigen hácia el estado positivo, las hay más ó menos refractarias al movimiento, y la corriente que las arrastra no las lleva con igual velocidad. Unas llegan casi al nacer á la perfeccion positiva; otras se libran con trabajo de las ataduras de la religion ó de la metafísica. Esta diferencia en sus progresos se explica por diferencias de simplicidad. Las ciencias se dividen en dos grandes familias: unas son *abstractas*, tienen por objeto las leyes que gobiernan los hechos elementales de la naturaleza, y que habrían sido compatibles con hechos de otra especie. Otras son *concretas*, se aplican al estudio de las combinaciones particulares de fenómenos reales. Por ejemplo, se colocarían en el primer grupo, la física, la química, la fisiología; en el segundo, la mineralogía, la botánica, la zoología. "La ciencia concreta se refiere á los seres y á los objetos, la ciencia abstracta á los acontecimientos." Las ciencias concretas, cuya complejidad es extraña, son al mismo tiempo las primeras en nacer y las últimas en perfeccionarse: sus progresos dependen de los de las ciencias abstractas; mientras no se han determinado las leyes de los hechos, sus combinaciones deben ser, ó al menos parecer fortuitas. Así es que ninguna de ellas, ha llegado todavía á constituirse: no hay, pues, lugar á clasificarlas.

Las ciencias abstractas son en número de seis, que forman una série, cada uno de cuyos términos se liga con el que le precede por un lazo de subordinacion. Esas relaciones dependen de la naturaleza de los hechos que estudian. Se puede sentar en princi-

pio que los hechos más simples son los más generales; las ciencias, estarán, pues, sometidas á esta ley, á saber: que su generalidad y su complejidad crecen en razon inversa una de otra; es, en otros términos, la ley que los lógicos han aplicado desde hace mucho tiempo á la comprension y á la extension de las ideas. Pero Comte la cree nueva y le añade esta correccion que le pertenece: los hechos más complicados se componen de hechos más simples, y por consiguiente, las ciencias que tienen menor generalidad dependen de las más universales. El hecho más simple, y por consiguiente el más general es el número; la ciencia más elemental y más universal, la que se encuentra en todas las otras, será la ciencia del número; si á las leyes del número se unen las de la extension, se pasa á la geometría, despues á la mecánica que añade á las dos primeras categorías, enteramente admitidas, las del equilibrio y del movimiento. Estas tres ciencias reunidas constituyen las matemáticas. Sobre ellas vienen, segun el orden de su generalidad decreciente y de su complejidad siempre mayor, la astronomía, la física que comprende todo un grupo de ciencias que Comte no ha llegado á determinar nunca con precision; despues la química, la biología y en fin la sociología, ya que es menester conservar la palabra tan singularmente formada por el autor. Esta clasificacion de las "seis ciencias fundamentales" no es una simple nomenclatura; es una concepcion del mundo: significa que los elementos de todas las cosas son matemáticos; el resto no es más que combinacion del número, de la extension y del movimiento. La vida moral se explica por la vida fisiológica, ésta por la química, la química por la física, y todas por las matemáticas. Cada grado de la série no subsiste sino "por el impulso deductivo de todas las órdenes ménos complicadas." Recíprocamente, las proposiciones de las ciencias más elevadas, si las somete á un análisis perseverante, se resuelven en una proposicion matemática, de que son trasformaciones. Todo es, pues, en definitiva, número, extension, figura, ó combinaciones de estos elementos, y el mundo se resuelve en elementos materiales y mecánicos. El progreso de las ciencias consiste en reducir lo compuesto á lo simple, lo particular á lo general, y todas las cualidades á cantidades. La filosofía universal es la matemática. Un crítico resume y aprecia en dos palabras toda esta doctrina, que se vería uno tentado á llamar metafísica, á despecho del que la propone: "Lo superior se explica en ella por lo inferior."

Mientras una ciencia está más avanzada en la série, es más compleja, y por consiguiente más difícil. El orden indicado es, pues, el que debe seguirse en el estudio de cada una de ellas: es tambien el de sus progresos al través del tiempo. Y no puede ser de otra manera, puesto que los métodos de la primera son necesarios á la segunda, y así sucesivamente, y que la que se halla colocada más arriba supone la perfeccion, ó al ménos el desarrollo ya considerable de las que están situadas más abajo, y adelanta, retrocede ó se detiene segun que éstas están en progreso, decadencia ó reposo. Cada una de ellas pasa por las tres fases históricas que atraviesa la civilizacion entera: las más simples consuman más pronto su evolucion, y son las primeras en llegar á su estado positivo; las otras son rehacias. La historia verifica esta ley de desarrollo. En los siglos más remotos hay ya ciencias en estado positivo, mientras que otras se arrastran por el carril de las concepciones metafísicas ó teológicas. Las matemáticas no han sido nunca

Saint-Simon, de quien toma mucho al mismo tiempo que le contradicé, y á Broussais á quien no contradice lo bastante. Por otra parte, mejor que un sistema, pretende ofrecernos un resultado del desarrollo de la civilizacion, una de las fases por donde la humanidad pasa necesariamente, ó más bien, aquella en que debe fijarse definitivamente, y que las otras no han hecho más que preparar. A creerle, toda la historia viene á dar al positivismo, que es "la propiedad general del siglo XIX;" así la doctrina de esa escuela que debe absorber todas las otras, su método, su objeto, su origen, no se explican sin una cierta interpretacion de la historia. El positivismo se apoya sobre una ley de la evolucion del pensamiento; la confirma á su turno; está hecho para justificarla, como ella está hecha para darle un carácter de necesidad. Es un círculo. La historia y la filosofía se confunden, y sería difícil decidir á primera vista si Comte ha sacado la idea del positivismo de sus reflexiones sobre la historia, ó si ha tratado de plegar los acontecimientos históricos á una fórmula preconcebida, sin sentir escrúpulo al falsearlos. Esta segunda hipótesis parece, sin embargo, más verosímil. Segun los positivistas más caracterizados, el gran descubrimiento de Comte es sin duda alguna el de "la ley de las tres épocas," siendo en efecto, el que puede servir de introduccion á todo lo demás; pero es lícito creer, que no habria concebido tal ley, si hubiese fijado ya en su espíritu la idea de las condiciones de la ciencia, de su método y de su objeto: esta idea es el rayo de luz que ilumina á sus miradas las profundidades del pasado, le revela al través de la confusion de los hechos las reglas de los acontecimientos, y entre los extravíos incesantes de un camino mal trazado, la direccion constante de la marcha de las sociedades y su progreso hácia un estado definitivo.

Esta idea, verdadera ó falsa, no es original, y todos los que conocen someramente la historia de la filosofía, saben cuán antigua es. Es la vieja teoría empírica tantas veces propuesta y tantas veces refutada: real es el solo objeto de la ciencia porque es lo solo *positivo*; pero no hay más que una sola realidad: los hechos actuales, tales como los sentidos los perciben, relativos á nuestros solos medios de conocer, relativos ellos entre sí. "No hay más que una sola máxima absoluta, y es que nada hay absoluto." Esa doctrina de "la relatividad universal," cuya expresion clara y precisa se encuentra ya en Heráclito, es uno de los puntos cardinales del positivismo. No sólo no pueden ser conocidos los hechos sin que se distingan unos de otros; no sólo no pueden ser percibidos en sí mismos, ni se nos expresan más que segun las leyes de nuestra organizacion; sino que también dependen unos de otros; éstos son condiciones con relacion á aquellos, y esas mismas condiciones son relativas á otros hechos, y así sucesivamente hasta el infinito, sin que nunca se pueda alcanzar ni aún siquiera concebir un primer término encima ó fuera de la serie. Cuando el espíritu se detiene está todavía en frente de una condicion, sin que pueda decir si es primera ó última, pues es "impenetrada" y se encuentra al borde de lo ininteligible. El objeto de la ciencia, por lo mismo, es percibir sucesiones y similitudes entre los fenómenos, descubrir las semejanzas y las sucesiones constantes. Esos fenómenos, hay que notarlos bien, son todos exteriores; los llamados internos por los filósofos no son observables; si se pretende distinguirlos de sus elementos externos no queda nada, si no es el esfuerzo hecho para alcanzarlos. La ciencia del hombre es,

pues, la ciencia del mundo; el método subjetivo es estéril, y uno de los principios más fecundos de la nueva filosofía es que debe irse del universo al hombre, quien le refleja y no existe como sujeto de estudio, sino en tanto que le refleja. Hé aquí el punto de partida del positivismo: es el axioma fundamental que hay que adoptar ántes de entrar en la escuela. Así se zanja, casi sin discusiones, la antigua disputa entre el empirismo y el espiritualismo. La solucion no depende de investigaciones ociosas sobre la naturaleza humana ó sobre la esencia de las cosas; se impone por la historia y por la crítica de las ciencias, que no han progresado sino apegándose á la observacion de los hechos y restringiéndose á la investigacion de otros hechos, observables como los primeros, y que los determinan. En cuanto al objeto que las ciencias se proponen, puede indicársele en una sola palabra: las ciencias nos dan la facultad de prever los hechos, de hacernos dueños de los que podemos determinar, y de saber evitar ó convertir en nuestro provecho los que no nos es posible modificar.

Este concepto de la ciencia implica la exclusion de toda investigacion acerca de las causas eficientes y finales. Explicase que el espíritu humano se haya empeñado en descubrirlas, ó más bien en imaginarlas: los fenómenos son móviles, y las sensaciones que producen en nosotros no son más que movimientos fugitivos: ¿puede servir de base á la ciencia esa realidad que comienza y acaba á cada instante? ¿No se disparará el conocimiento al perseguir ese objeto impalpable, y no estará la verdad condenada á hacerse y deshacerse perpetuamente como los mismos hechos? Los antiguos filósofos comprendieron esta dificultad y la resolvieron inventando supuestas sustancias ó causas que resisten al desvanecimiento de todas las cosas: soñaron un mundo invisible que fuese la razon y causa de todo lo que vemos, y definieron la filosofía la investigacion de las causas y de los fines, la ciencia de lo invisible. Pero su empresa era á la vez imposible é inútil: su imposibilidad está demostrada por los resultados contradictorios y siempre hipotéticos, á que han llegado, y por la inmovilidad de la metafísica, que repite al través de los siglos los mismos errores, sucesivamente recogidos y abandonados; su inutilidad se descubre por un exámen más atento de la verdadera naturaleza de los fenómenos. No son los hechos lo que piensa el vulgo de los filósofos; no son esa esencia cambiante de que habla Platon; sino que tienen en sí algo constante y universal, á saber, sus relaciones recíprocas que subsisten al través de todos los cambios. Puede, por lo mismo, la ciencia ser estable y sin embargo, positiva; puede encontrar esos puntos fijos que reclama para asentar verdades definitivas; y estas no son causas, sino leyes de sucesion. Esta resolucion de abstenerse del nombre y de la idea de causa; esta proscripcion de toda investigacion concerniente al origen y fin de las cosas, están más claramente todavía expresadas en Comte que en sus discípulos, que se adhieren, sin embargo, á veces con tímidas reservas, á esa sentencia contra la metafísica.

¿La ciencia es, pues, materialista? Bien se guarda de ello. El materialismo es una teoría metafísica, un esfuerzo para resolver cuestiones insolubles; los que le proponen son espíritus "anticientíficos;" imaginan una sustancia activa, invariable, que permanece la misma bajo la diversidad de los fenómenos, algo absoluto é invisible que ninguna experiencia ha alcanzado nunca: son, en suma, rezagados de la era metafísica. El positi-

vismo suprime el problema al que ellos creyeron deber adherirse, y que le es plenamente indiferente. Hay que decir, no obstante, que esa afectada indiferencia no se mantiene siempre, y sin querer imponer el nombre de materialistas á escritores que no le aceptan, púedese notar que si repudian toda metafísica de la naturaleza, reducen toda realidad á fenómenos sensibles, y éstos á sus elementos mecánicos; que por consiguiente, al afectar ignorar si hay materia, no reconocen más que lo material, y que en fin, reducen nuestras facultades á funciones cerebrales, y el alma al conjunto de la organización. De la misma manera, su concepción de la ciencia implica la negación de Dios; pero ellos se defienden de ser ateos. El ateo, dicen, no es un espíritu verdaderamente emancipado; es todavía un teólogo á su manera; tiene un sistema sobre la existencia y el origen de las cosas; explica el mundo por el choque de los átomos ó por alguna fuerza que llama la naturaleza. El filósofo positivista no sabe nada, no dice nada de todo esto. Tal es al menos su designio. Sin embargo, Comte no hace escrúpulo de salir de tal reserva; no perdona á Broussais que haya creído en la existencia de una causa primera; incurre en la reprobación de Saint-Simon que le echa en cara "su seco ateísmo," y sabidos son los términos en que habla de Dios y de sus servicios providenciales, proponiendo que se le conduzca á las fronteras. Las más veces no ha podido el positivismo mantenerse en el terreno en que había querido colocarse. Salvo muy raras excepciones, sus adeptos han olvidado que no debían afirmar ni negar la existencia del alma y de Dios. Ni podía ser de otra manera; asegurar que se los ignora, es afirmar que no existen, puesto que la medida y la prueba de la realidad se hallan definitivamente en el conocimiento. "No debe considerarse, dice M. Littré, la filosofía positiva, como si tratando únicamente de las causas segundas, dejase libertad para pensar lo que se quiere de las causas primeras. Nó, no deja sobre esto libertad ninguna," y echa en cara á Stuart Mill el conceder que la cuestión está abierta.

Hé aquí cuáles son las condiciones, el objeto y los límites de la ciencia; hé aquí el modo de pensar *positivo*, que se puede oponer á los otros dos que la humanidad ha atravesado, que no han desaparecido todavía, y cada uno de los cuales ha dominado á su turno, en un orden que constituye la ley histórica "de las tres edades."

El modo teológico, el más imperfecto de los tres, que ocupa, sin embargo, por sí solo la mayor parte del pasado, ha determinado bajo el nombre de religiones, todas las concepciones del mundo, de donde está ausente la idea de una sucesión invariable de los fenómenos. La humanidad extiende entónces á la naturaleza entera las ilusiones que se ha forjado sobre sí misma: porque el hombre se imagina que puede á su antojo producir fenómenos, interrumpir su sucesión fatal, introducir otros nuevos en la cadena que sin cesar se desarrolla; se figura que fuera de sí mismo, en el universo, cada cambio tiene una razón y una causa, manifiesta una voluntad y una intención. Todos los hechos de que es testigo, le parecen resultados de determinaciones espontáneas, y atribuye cada uno de ellos en particular á fuerzas que los producen uno á uno, como él cree producir los movimientos de su cuerpo. Esos agentes invisibles, al mismo tiempo semejantes y superiores á sí mismo, no aparecen en la escena, pero crean todos los acontecimientos: son animados como él, y más poderosos, puesto que se revelan por efectos de que él es

incapaz: son dioses. Al principio su número es infinito como el de los hechos, pero pronto se restringe, á medida que sabe reunir, bajo una sola idea, grupos de fenómenos semejantes: con el progreso de la generalización se reduce á la unidad, acabando por atribuir á un solo sér animado la producción de todos los hechos posibles. Así se pasa en un orden que no es arbitrario, por los errores del fetiquismo, del politeísmo y del monoteísmo.

Pero hay en el universo una uniformidad que no puede compadecerse con lo arbitrario de una voluntad libre: al observar la constancia de los hechos, el espíritu se desengaña de sus primeras explicaciones; cesa de concebirlo todo á imagen del hombre, de creer en esas fuerzas sublunares ó celestes, causas inaccesibles de los fenómenos, y las reemplaza por abstracciones realizadas, potencias, cualidades ocultas que imagina no ya fuera del mundo mismo, sino en una región invisible de este mundo. No hay ya lugar en la naturaleza para las ninfas ó las driadas: se habla de alma vegetativa, de principio vital; y se imagina sobre todo esto una causa final, que la naturaleza, aunque impersonal, se propone realizar incesantemente. En realidad, todas estas son otras tantas expresiones abstractas y colectivas de los fenómenos, ó si se quiere, simples signos mnemotécnicos que fijan su recuerdo. Tal es el modo metafísico, ya superior al otro, y cuyo principal mérito es ser la negación del que le precede; no crea nada, pero despeja el terreno, y las "entidades metafísicas" que introduce en la ciencia, por lo mismo que son sombras sin consistencia, se desvanecen al primer esfuerzo de una reflexión más madura. Es una fase de transición: el modo positivo está cerca; hasta se puede decir que le acompaña, se mezcla con él, y tiende á eliminarle. La experiencia ve huir ante sí el fantasma de lo absoluto; sustituye el método objetivo al subjetivo, y nos persuade de que lo que es necesario para la razón no es para las cosas, y de que una causa infinita, de ser concebida por la una, no tiene por eso lugar entre las otras.

No se debe, en efecto, reprochar á Comte, á ejemplo de algunos críticos, que haya separado esos tres modos que pueden coexistir en la sociedad, y que á menudo se dividen, sin excluirse, una misma inteligencia. El mismo autor del *Curso de filosofía positiva* ha hecho esta observación: las tres edades, dice, no están separadas por límites fijos; en el espacio en que cada una está encerrada, penetra la otra y produce movimientos internos que la turban. Apenas comienzan á desbastarse las concepciones teológicas, cuando se pueden ya señalar las huellas de un trabajo metafísico, que obliga á las primeras á corregirse, y aun de una ciencia positiva, restringida entónces pero ya poderosa. Bajo esta doble crítica es como se ve al fetiquismo hacer lugar al politeísmo, y á éste desaparecer ante la hipótesis de un solo Dios. Verdad es que M. Littré se expresa más categóricamente: "No sólo, dice, no son contemporáneos los tres modos, sino que son exclusivos entre sí." Por lo demás, los ha definido con más precisión que Comte. La filosofía teológica, dice, es obra de la razón que concibe voluntades en las cosas; la filosofía metafísica, obra de la razón que pone en las cosas las miras del espíritu; la filosofía positiva obra de la razón que toma en las cosas lo que debe ser puesto en el espíritu.

Esta teoría histórica no es enteramente nueva; no se aleja mucho de la de Vico, que reconoce bajo otros nombres la edad divina, heroica y humana; Turgot y Kant la han